

cion renóvandolas, ni estarlas formando constantemente, porque es muy limitado en su acción y en su poder; y porque no es creador sino modificador: da cierta figura y nada mas.

Vengan todos los sabios de la tierra: vengan los que blasonan de haber descubierto los arcanos de la naturaleza, esos secretos de las leyes con que se rige este mundo visible; vengan, en fin, esos ateos naturalistas que enseñan que los elementos producen por sí mismos todos los fenómenos famosos que tanto nos sorprenden y les diremos: nosotros somos admiradores de vuestra sabiduría, y percibimos en vosotros un valor muy superior á esos elementos que, instrumentos ciegos y sin inteligencia, obedecen un impulso desconocido; pero formados, no ya una pequeña y humilde florecilla, no al menos cualquiera de sus hojas, sino el mas mínimo de sus estambres, sin instrumento alguno y por virtud propia, allí donde nada existia; pero si no lo podeis hacer, reconoced el dedo omnipotente de un Dios, y confesad su poder; y los hombres mucho os deberán con que les descorrais el velo que oculta sus maravillas, para que tenga mayores incentivos su gratitud."

Demasiado se eleva el hombre respecto de las otras criaturas, con sorprender, digámoslo así, algunas de las leyes que impuso el Al-

tísimo á la naturaleza; pero nada puede crear. Busca las materias, las mas sólidas para grabar una figura imperecedera como le llama á todo lo que sobrevive á los muy breves dias que se le escapan veloces en la tierra: levanta edificios cuya cima ve perderse entre las nubes, porque su vista es muy limitada; pero apenas sobresalen de sus cimientos, y á una corta distancia se divisan muy pequeños ó desaparecen del todo á los ojos. El ha dado solamente la forma y se enorgullece de su poder; pero debia advertir mas bien su impotencia, por las dificultades que por todas partes se le presentan; por el grande esfuerzo que necesita y por que le es indispensable el material, ademas de otros muchos agentes de diversa naturaleza, para realizar hasta las mas insignificantes pequeñeces, sin poderse emplear en dos ó mas á un mismo tiempo.

Por eso, repito, en el hombre seria muy vituperable que se consagre á lo mas insignificante y de menor importancia, desatendiéndose de lo que es de su mayor interés, pues tiene que invertir, ó en esto ó en aquello, las fugaces horas del corto tiempo que su autor le ha concedido en el pasage efimero de esta vida.

Pero ese nuestro gran Dios, ni en la crea-

cion ni en la conservacion impende trabajo alguno, ni se fatiga; sino que todo lo ejecuta con un acto simplísimo de su omnipotencia. Arrojad una mirada en contorno vuestro y todo lo que veis, lo está conservando con las combinaciones mas asombrosas de su sabiduría, y cual corresponde á la naturaleza y á las verdaderas necesidades de cada ser. Los lirios de los campos estan vestidos con mayor magnificencia que la del monarca mas opulento que jamás han visto los siglos: los cuervos no siembran ni ciegan, y una mano benéfica y providente los sostiene, aunque olvidados no se preparen graneros.

“Nada hay que Dios no pueda hacer, y á la verdad sin trabajo alguno. Porque así como los miembros del hombre se mueven al arbitrio de su entendimiento y voluntad sin contradiccion, así todas las cosas pueden ser hechas, movidas y mudadas por la voluntad de los Dioses (1).

Alzad la vista y contemplad las variadas revoluciones de los astros; esos globos gigantes están regidos por los Decretos sapientísimos de su autor que constantemente los mueve y los está formando y organizando sin cesar; hasta sus menores partículas las

(1) Cicer. de Nat. Deor. 3, 92.

está criando sin interrupcion alguna. Su peso prodigioso es menor que el de menudas pajas para el poder divino, y su asombroso volumen mas pequeño que lo que se nos presenta el punto mas imperceptible en el espacio.

Dios guia y mueve el microscópico insecto para que busque el alimento proporcionado á su imperceptible organizacion; y hace bullir el aire que penetra por sus poros, él pone en la garganta del zenzontle y del jilguero la melodía de sus trinos; y adapta los oidos para recibir el halago y para que se perciba la melodía del ave que trina en la floresta llena de placer á la vista del espeso follage, embriagada por el perfume del floripondio y del jazmin y gozando de la frescura de la fuente, en grato consorcio de la compañera amante que contesta sus notas con igual ternura y melodía, desde el ramaje del árbol vecino.

Pero su obra predilecta es el mortal á quien trata como amigo, mandándole las auras para que le acaricien en lo mas abrumador de los ardores del estío, al zéfiro para que le lleve el ambiente embalsamado de las flores, y á las fuentes bullidoras para que le arrullen su sueño. Cada uno de los fenómenos de la naturaleza se los apropia el hombre singularmente, porque oye la voz de su Hacedor, que á semejanza de un apasionado aman-

te le asegura hablándole al oído, que alegra á la mariposa para que juegue á su alrededor deleitándole con sus recamas de oro; y que ha ordenado á la naturaleza que agote todos sus tesoros para encantarle. "Las comodidades que nos rodean, la luz que gozamos, el aire que respiramos se nos dan y reparten por Dios. (1)

Por eso en el rumor del viento, que agita las sonantes copas de los añosos árboles, formando una deleitable y apasionada música misteriosa, cree percibir la dulce voz del amado de su alma que le dice:

"¿Para quién sino para tí, mortal afortunado, visto esos prados de variadas flores salpicadas de perlas relucientes? mira al vecino valle, columnas de elevados montes y volcanes tapizados de jaspe y pedrería, sostienen esa bóveda azulada, y el iris está alfombrando salon tan espacioso; de noche le ves iluminado por la lámpara argentada de la luna y por multitud de antorchas diamantinas que le envían desde muy lejos reflejos y fulgores llenos de encanto y brillo indefinible."

¡Cuán distinta es esa techumbre de la monótona é inmóvil de los palacios de los hombres! yo miro caprichosas nubes complacerse

(1) Cic. pro. Rosc. Americano.

en presentar á mi vista al apiñarse ó ensancharse siempre delesnables una vaporosa fantasmagoría diáfana y animada. Mil veces al contemplarlo me ha revelado historias de un interés singular y terrible; otras, plácidas ó tiernas que han hecho contraer mis labios con la risa ó asomar las lágrimas á mis ojos. En ella he visto pasar naciones derruidas con bancos inmensos de osamenta descarnada: grandes ciudades consumiéndose entre llamas, y he vuelto mi semblante aterrado hácia otro punto, al contemplar á un niño tenderme los brazos envuelto en un horrible torbellino de fuego.

Yo bien sé que esas grandiosas decoraciones, que los cristalinos celajes me representan, no son recuerdos de sucesos que pasaron ya, ni menos anuncios fatídicos de los que puedan acontecer: mi imaginacion es la que anima esos cuadros pasajeros que veo sucederse principalmente al declinar el dia cuando el sol recoje la orla de su ropaje ya al cerrarse las puertas del Poniente que deben ocultarle á nuestra vista. Esas nubes, son, es verdad, bellezas efímeras que se desvanecen, simples vapores que se levantan llenos de encanto, para advertirme que todo lo de la tierra es engañoso. Dios las ha colocado como un cortinaje régio que corona el sol ó la luna de don-

de se desprende, formando el dosel provisorio que en su rápida marcha le corresponde á la humanidad. En este momento se ha enlutado y adornan sus crespones broches y joyas de riquísima pedrería.

Pero ¿por qué levanto mis ojos tantas veces hácia los transparentes celajes? ¿Qué es lo que busco al traves de su indecisa vagarosidad? Esas nubes son los velos con que quiso Dios ocultarnos el vacío, la nada; y mas allá de esa nada y de la que estoy hollando con mis piés... cuando salga de esta esfera de ruindad y de miseria, de fausto aparente y de pobreza real, he de encontrar al que es la vida, la inmensidad, el ser infinito para cuya contemplacion y alabanza eterna, su mano poderosa me ha sacado de los oscuros abismos de esa inmensa nada para que goce yo de una felicidad sin límite de que me habla la naturaleza, convidándome á una dicha imperecedera por la cual suspira mi corazón. Pero no, que ella es muda del todo; el acento que escucho se percibe en lo mas íntimo de mi alma: es un impulso persuasivo, es un infuso conocimiento: una comunicacion mística con el ser infinitamente sabio y benéfico que en todas partes me habla y solicita, levantando mi espíritu hácia él.

Por eso en cambio en el manso arroyuelo que suspira dulcemente al correr ligero y ju-

gueton; en el torrente que se despeña de rocas altas y escarpadas formando vellones de plata vírgen, y en concierto de armonía salvaje: en las cascadas y cataratas que robando sus varios colores al iris, á los diamantes y rubíes; ora imitan el ruido de confusa gritería de un pueblo que sale de las entrañas de la tierra; ora el de grandes músicas y vocerío de numerosos ejércitos acampados en el fondo del abismo: ora salvas de artillería y multiplicados repiques ó ya en fin todo esto junto: le parece oír al hombre un himno á esa Providencia cuya amorosa solicitud nos recuerda el suspiro de la brisa, y cuya imponente magestad se revela por la augusta detonacion del rayo, acallando el bramido del huracan y de las olas embravecidas en los furores de un mar agitado.

Por eso tambien le parece muy natural al humano que glorifique toda criatura á su Hacedor y convida á todos los seres, á los risueños y á los melancólicos, á los tranquilos y á los sublimes, á los inmediatos y á los remotos, para que se animen y se desaten en bendiciones y alabanzas á esa infinita Providencia que al conservarlo todo lo está criando sin cesar.

OBJECIONES

CONTRA LA PROVIDENCIA

*Deducidas del mal moral.*

La mas insidiosa y la mas temeraria de las objeciones que se hacen sacrílegamente contra la providencia de Dios, es la que se toma del mal moral, del pecado. La cuestion se establece en los mismos términos y bajo el mismo dilema que hemos anunciado respecto del mal físico, y no se olvida robustecer la dificultad, con la observacion estudiada de que es verdadero mal; y no reputado así solamente por nuestra corrompida naturaleza que prefiere el halago presente al bien futuro.

La falacia de este argumento consiste en el juego que se hace de la palabra mal. ¿A quién se refiere, á Dios, á la sociedad ó al individuo que delinque?